



LA HIJA DEL SEPULTURERO

LA HIJA DEL SEPULTURERO

© 2025, **Ana Rosenrot**

Este libro es una obra de ficción. Los hechos, personajes, situaciones o diálogos son producto de la imaginación del autor. Aunque constan en la obra hechos históricos ocurridos en la vida real, cualquier semejanza con hechos, personas verdaderas, vivas o muertas son pura coincidencia.

Segunda edición: Febrero 2025

ISBN: 978-84-10364-06-6

Depósito legal: M 3928-2025

Printed in Spain— Impreso en España

www.anarosenrot.com

Queda rigurosamente prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción distribución, comunicación pública y transformación, alquiler o préstamo público sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos de esta obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art.270 y sgts. del Código Penal). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra contacte con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.cedro.org



LA HIJA DEL SEPULTURERO

Ana Rosenrot



Rezad por los muertos,
rezad un Padrenuestro.
Rezad por los vivos,
porque no conocen su destino.



1

La tímida luz del amanecer intentaba abrirse paso entre las brumas que cubrían todo el paisaje como un océano blanco e intangible.

Desde la pequeña ventana del altillo, una niña morena de unos once años contemplaba con sus ojos oscuros cómo la niebla se iba desvaneciendo lentamente, hasta que el velo blanco que parecía ocultar el cementerio desapareció y se perfilaron con claridad las tumbas y las herrumbrosas cruces metálicas que se extendían a los pies de la casa.

Ese era el paisaje que contemplaba Soliña todas las mañanas al levantarse. Sus pies fríos, casi azulados, permanecían colgando y balanceándose mientras ella se apoyaba en el alfeizar intentando ver a las personas que entraban en el cementerio en ordenada fila.

Era muy temprano y bostezó al mismo tiempo que tiritaba por el frío. Normalmente alguien la estaría llamando ya para que bajara a desayunar y se fuera a la escuela, pero aquel no era un día normal y ella lo sabía. Hacía dos noches que había vuelto a ver a la señora de blanco paseándose con su liviana túnica entre las frías tumbas y parándose a llorar bajo su ventana, y sólo ella sabía lo que significaba.

No recordaba cuando fue la primera vez que se interesó por aquella aparición, la conocía desde siempre y al principio pensó que podía tratarse de una *Dama de Castro*, un ser de la mitología gallega que vive en un castillo de cristal debajo de los castros, pero algo le decía que no lo era. Estaba acostumbrada a ver a los espíritus del cementerio con los que compartía noches de insomnio y, probablemente, aquella hermosa mujer de largos cabellos y vaporosa túnica era uno de ellos.

Soliña se vistió y bajó los altos y estrechos escalones saltando de dos en dos produciendo un ruido fuerte y seco sobre los tablones de madera. Se sentía extrañamente alegre, pero detuvo su juego infantil cuando la tía Neves asomó su temeroso rostro desde la cocina y con cautela le hizo un significativo gesto con el dedo índice en la boca para que no hiciera ruido, después se cruzó la chaqueta por el pecho con el mismo ademán de su abuela Piedade, prueba inequívoca de que eran madre e hija a pesar de la diferencia de caracteres, y se dirigió apresuradamente hacia otra habitación de la que surgían susurros y voces apagadas.

Sobre la mesa, recién limpia, un tazón de cremosa leche y una gruesa rebanada del pan redondo y apretado del que cayeron unas migajas que Soledad recogió cuidadosamente aplastándolas con su dedo. Abrió cuando pudo la boca para morder el pan con manteca mientras balanceaba las piernas. Se relamió satisfecha, sabía que ese día el desayuno no se lo había puesto su madre. Le gustaba cuando se lo preparaba la tía Neves porque madre nunca le llenaba el tazón de leche hasta el borde ni le cortaba el pan tan grueso ni le untaba tanta manteca.

Cuando terminó dejó el tazón en el fregadero y recogió las migajas dejando de nuevo la mesa limpia, y con infantil curiosidad se dirigió a la habitación desde la que se oía el constante murmullo, como si una de las colmenas de Milagres, repleta de zumbonas abejas, estuviera allí dentro. Cuanto más se acercaba más fuerte era el zumbido.

La puerta estaba entreabierta y atisbó en su interior. En ese momento penetró en el mundo de los adultos. Habían desalojado los enseres de la habitación y un ataúd de pino ocupaba el centro de la estancia flanqueado por cuatro velas; alrededor, pegadas a la pared y circundando la habitación, numerosas figuras vestidas de negro sentadas en perfecto orden rezando, murmurando y sollozando.

Su abuela Piedade había muerto, pero ella no lo sentía. A Soledad se le mezclaban el olor de la manteca, cuyos restos pastosos aún tenía en el paladar, el de la cera de las velas derritiéndose parsimoniosamente y el inconfundible olor de la muerte que flotaba en el ambiente, pero a ella no le molestaba. Llevaba once años respirándolo y estaba más que acostumbrada.

Las pocas flores que había alrededor del ataúd se marchitaban por el calor de las velas y el ambiente viciado de la pequeña habitación repleta de gente vestida con grueso y basto paño negro que gemían y sollozaban escenificando así su sentido pésame ante la familia de la difunta.

Su abuelo Celso y su padre Macías permanecían sentados entre las figuras llorosas, embutidos entre ellas sin apenas poder moverse; intentando seguir las incansables, monótonas e hipnóticas letanías del rosario que las beatas repetían una y otra vez con voz lánguida entre los sollozos febriles de las plañideras que acercaban sus pañuelos sucios y arrugados a sus ojos secos, en un gesto simbólico y teatral. No era la primera vez que Soledad veía aquellas exageradas muestras de duelo, eran parte de la parafernalia de la muerte. Y sabía que, precisamente, en el velatorio de su abuela, eran más fingidas que nunca.

Su padre y su abuelo permanecían quietos y callados, intimidados por aquella comparsa enfebrecida, o acobardados, tal vez, por la ausencia de la mujer que hasta entonces había regido sus vidas, tomando decisiones y decidiendo sus destinos de forma dictatorial, ¿qué iban a hacer ahora? Se sentían perdidos, como esclavos liberados de su amo. Soledad intuía que hubieran querido huir de aquella habitación, pero no podían, manos invisibles les detenían como si de aquellas mujeres que mantenían sus manos ocupadas

en las cuentas del rosario, surgiera un tercer brazo que sujetara a los dos hombres.

Su padre intuyó su presencia y sintió que era su salvación. Como movido por un resorte se levantó de la silla y se encaminó hacia la pequeña abertura.

—La abuela se ha ido al cielo esta noche —le dijo en voz baja y con los ojos ligeramente vidriosos mientras cerraba la puerta tras él.

La niña asintió con la cabeza. No era una sorpresa para ella.

—Lo sé desde hace dos noches —contestó en apenas un susurro, como si compartiera un secreto.

Macías miró a su hija con una mezcla de preocupación y aturdimiento intentando comprender aquella respuesta, tan desconcertante como otras muchas que le daba a menudo. Sabía que no habían sido las campanas de la iglesia del pueblo anunciando una muerte lo que había hecho que su hija supiera que la abuela había muerto, era algo diferente, algo extraño. Eso era lo que hacía que viera en ella un continuo misterio, pero era su hija y la amaba, aunque Soledad, o Soliña como a él le gustaba llamarla, fuera tan inquietante, tan callada, siempre con ese aire ausente y esa preferencia por corretear entre las tumbas antes que estar con los vivos, aunque no se lo recriminaba. A menudo él también se sentía mejor entre los muertos, quizás fuera por su trabajo de sepulturero: en su oficio había pocas ocasiones para conversar, sin embargo Soliña era diferente... parecía recubrirse de un halo misterioso que nunca dejaba desvelar su interior. Se limitó a suspirar mientras acariciaba con su ruda y áspera mano la cabeza morena de su hija apreciando los chichones a través de su pelo ralo y mal cortado.

—¿Quieres despedirte de ella, Soliña? —preguntó abriendo la puerta y empujándola suavemente al interior de la estancia. Eso era lo que hacían los familiares cuando se velaba a un fallecido, aunque no podía esperar que Soliña mostrara tristeza por una abuela que jamás le mostró una pizca de cariño, sino todo lo contrario, y

en más de una ocasión la había visto hacer el signo de la *figa* en su presencia como si quisiera espantar los malos espíritus.

La pequeña traspasó el umbral que separaba el mundo de los muertos y el de los vivos. Una bofetada de espeso calor la recibió al entrar y enturbió su mirada. Contrastaba con el frío de mediados de octubre del exterior donde las esqueléticas ramas de los árboles parecían cristalizarse por la escarcha.

Pesados y oscuros paños a modo de cortinas ocultaban las ventanas impidiendo que la luz entrara en la habitación. En el centro, sobre unos soportes colocados adecuadamente por su padre y Antoiño, reposaba su abuela Piedade dentro del ataúd. Entre sus manos cruzadas reposando en su pecho se entrelazaba un rosario, y alrededor de su cuello, sobre su eterno vestido negro, su inconfundible e inseparable cadena con la medalla de la Virgen de los Milagros. En los orificios de su nariz sendos taponos de algodón para evitar que los fluidos se derramaran. Soledad la miró, pero no la besó, nadie la obligaba y a ella no le apetecía. La observó con detenimiento, y con la insolencia propia de los niños estudió sus facciones secas y duras, sus manos sarmentosas y su vestimenta oscura, su cabello peinado con tirantez hacia atrás mezclándose las hebras grises y blancas con las escasas negras. Nunca hasta entonces la había mirado tanto. Por un momento temió que su abuela se levantara y le diera un golpe en la parte posterior de la cabeza como tenía por costumbre, o le diera un pellizco retorcido, pero permaneció tumbada con aquella seria expresión suya que ni la muerte había sido capaz de arrebatarse.

—Parece dormida... —apreció una de las viejas que velaban a la muerta.

—Sí, incluso parece que sonrío, pobriña... —corroboró su compañera.

La niña volvió a mirar a su abuela Piedade. A ella no le parecía que estuviera dormida. Estaba muerta y esperaba que siguiera así; y como otros tantos que había visto, su aspecto no era tan apacible como pretendían. Su gesto era forzado, endurecido, y su expresión grotesca, aunque realmente así era su abuela. A pesar de todo no

estaba casi demacrada porque su madre y su tía Neves la habían arreglado muy bien para que su aspecto fuera lo más natural posible, al fin y al cabo era expertas en adecentar a los cadáveres para que sus rostros fueran lo más presentable posible en su paso a la otra vida.

—Descansa en paz —le pareció escuchar susurrar a un vecino.

Soledad no entendía las veladas ironías, pero no estaba tan segura de que su abuela descansara en paz, no era una buena mujer. En realidad, eran los vecinos los que parecían sentirse liberados. Podía verlo en los rostros de las beatas y en los del resto de los habitantes de la pequeña parroquia de Santa Mariña d'Osbes y ella sabía por qué.

Piedade Freire nunca había sido una mujer compasiva ni piadosa, a pesar de su nombre. Había vivido como hija, esposa y madre del sepulturero local y quizás aquello había forjado su carácter. Acostumbrada a una vida de privaciones y con el estigma del oficio de su familia desde varias generaciones hasta donde la memoria se perdía, había aprendido a convivir con el recelo y temor que provocaba en sus vecinos. Piedade Freire era una mujer fuerte, soberbia y orgullosa. Había sabido ganarse el respeto, o más bien el miedo, de los aldeanos no solo por su relación con los muertos, sino por las leyendas y rumores de que la mayoría de las mujeres de la familia Freire eran *meigas*, brujas con poder para atraer o repeler el mal, echar mal de ojo o enfermar el ganado. La unión de esa familia con la muerte y con el cementerio, era lo que había propiciado aquellas habladurías y creencias, pero era cierto que Piedade las había fomentado para ganarse el respeto y el miedo, así que los aldeanos no dudaban en acudir a ella cuando tenían algún problema. Pero su verdadero poder no residía en sus supuestas brujerías.

Soledad nunca había sabido si era verdad que su abuela Piedade era una *meiga*, pero sabía que la gente del pueblo vivía atemorizada por ella y la trataban de forma casi reverencial, como así lo demostraban las cestas con huevos o verduras que a menudo les dejaban en la puerta del cementerio, como una ofrenda o tributo. Lo que no

sabía Soliña es que esas cestas no eran solo pagos por sus supuestos hechizos o feitizos, sino por mantener en secreto lo que Piedade sabía de todos y cada uno de los habitantes de la pequeña aldea.

—Todos tienen un secreto —la oyó comentar un día con su madre, Amalia, mientras desplumaban un pollo en la pequeña cocina, al lado del fogón— y temen más que este sea descubierto a que les eche el *meigallo*, ¡hipócritas! —añadió riéndose con aquella risa suya de hiena que a Soledad le producía escalofríos porque no era alegre, era como la risa del diablo. Tenía un diente de oro que refulgía en la oscuridad y cuando se reía asomaba con hiriente brillo.

La abuela de Soledad miraba con desdén a los vecinos de Santa Mariña d'Osbes, les despreciaba por su miedo, por sus vergüenzas y por la manera en que acudían a ella en la oscuridad de la noche para pedirle que malograra el embarazo de su vecina o arrebatarle el marido a otra, o tal vez para enfermar una vaca o estropear algún trato de compra y venta de animales o fincas. Piedade les aseguraba que durante la luna llena haría una invocación a los poderes de la Naturaleza y ellos obrarían o no según decidieran, después les cobraba y se guardaba los reales en el pecho, en el sostén, después de besarlos, para que estuvieran protegidos por la medalla de la Virgen de los Milagros. Real o no, la verdad es que en algunas ocasiones sí habían resultado efectivas las invocaciones.

—Las peores son las beatas —solía decir Piedade—. Se pasan el día rezando en la iglesia para purgar sus pecados, sus pensamientos libidinosos, sus envidias... pero en cuanto salen de allí, aún con la cera de la vela en los dedos, corren a llamar a mi puerta para contarme todo de lo que se han enterado estando cerca del confesionario.

Y ahí residía su poder. Las beatas, o «esas cornejas negras», como ella las llamaba, eran su mejor baza y Piedade aprovechaba esa privilegiada información. Era una experta en chantajear a sus convecinos dejando caer sutilmente su conocimiento sobre «tal o cual información», sugiriendo que ella lo silenciaría porque si alguien se enterara podría acabar con la reputación de la interesada o provocar un grave conflicto. Nadie sabía cómo podía Piedade

haberse enterado de esas cosas y rápidamente lo achacaban a sus poderes de *meiga* así que, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y el miedo, asentían con prontitud dispuestos a hacer cualquier cosa para que su secreto no saliera a la luz. No pedía nada, no era necesario, pero no faltaban las cestas con verduras, dinero, leche fresca... y aun así se pasaba hambre y necesidad en el cementerio. Nada ni nadie escapaba a su control, a su poder, y ella sonreía maliciosamente mostrando su diente de oro, causando pavor entre los aldeanos que hacían lo que fuera necesario para mantener sus miserias a buen recaudo, afianzando la idea popular de que era una *meiga*, ¿cómo si no iba a enterarse de esas cosas que quedaban entre ellos y Dios? Piedade se convirtió en el cacique de los pobres, una tirana déspota que exigía su particular diezmo con una mirada beatífica que producía terror entre sus vecinos.

Los jueves era el día que su abuela solía reunirse con las cornejas. A ellas no les importaba pasar la tarde en la cocina del sepulturero. Tomaban aguardiente de orujo y filloas, un dispendio que Piedade consideraba como una inversión, al amor de la lumbre y se reían entre sorbo y sorbo mientras cuchicheaban sobre los vecinos. El abuelo Celso solía mirarlas con inquietud como si verdaderamente se tratara de una reunión de *meigas*, procuraba marchar en esos momentos a su pequeña carpintera cerca del aserradero para hacer tranquilamente alguna silla o mesa que le encargaban o los ataúdes para los muertos y no volvía hasta bien entrada la noche para asegurarse de que ya no estaban allí los corvos. Él solía llamarlas así, *corvos* o cuervos por su atuendo negro que eran considerado el disfraz del demonio, y porque como ellos, parecían poseer gran olfato y andaban siempre rondando a los cuerpos enfermos en espera de su muerte para ofrecerse a las familias como plañideras.

Por todo eso Soledad sabía que las personas del pueblo que había acudido al velatorio de su abuela no lamentaban su muerte, al contrario, se sentían liberadas aunque un tanto inquietas, ¿a quién iban a pedirle ahora que conjurara los poderes de la Naturaleza para conseguir sus más inconfesables deseos?

—¿Qué haces aquí? Vete fuera y no molestes —la voz dura de Amalia, su madre, la reprendió. Su voz hacía juego con su aspecto serio y rígido. Por un momento Soledad pensó que sus temores se habían hecho realidad y que su abuela Piedade había salido del ataúd, pero en esta ocasión se trataba de su madre. En ese momento se dio cuenta de lo mucho que se parecían su madre y su abuela. Su parecido era más probable para madre e hija que para suegra y nuera, pero un extraño no hubiera podido distinguirlas. Amalia siempre iba vestida de negro y recogía su cabello largo en un moño tirante que parecía estirar sus facciones hasta dejarlas sin expresión. Ambas poseían la misma fría y calculadora mirada que las caracterizaba, la misma dureza de carácter, su ambición y avaricia, su cabello oscuro grisáceo, su vestido oscuro, su vida oscura... tal vez aquel ambiente lúgubre y lleno de privaciones fuera el causante y con el paso de los años ella también se volvería así.

La tía Neves, tan discreta como siempre, estaba en una esquina del cuarto, semioculta entre los vecinos, ignorada, olvidada. Se limpiaba los ojos con un pañuelo y suspiraba entrecortadamente, su pecho se elevaba y descendía haciendo que los botones de su blusa pugnaran por desabrocharse ante el ímpetu de sus sentimientos. Era su madre la que estaba en el ataúd, era su madre a la que había bañado y arreglado horas antes, era su madre la que había muerto, la que la reñía continuamente, la que la miraba despectivamente... pero era su madre. Soledad contempló a su tía Neves unos segundos; de momento, Neves no se parecía a su madre ni a la abuela, no percibía en ella la misma mirada pétrea, pero tal vez, como le había ocurrido a su propia madre, se iría convirtiendo con el tiempo. Aún podía atisbarse en ella retazos de juventud, ¿cuántos años tendría?, ¿veinticinco?, ¿treinta? Neves tenía la mirada triste y resignada, eso sin duda la envejecía, pero de vez en cuando asomaba a sus ojos una chispa de ilusión, de sueños que, sin duda, el tiempo y el cementerio terminarían enterrando.

—Quería ver a la abuela —le contestó a su madre con un susurro encogiéndose por inercia a la espera del irremediable cachete o coscorrón.

Amalia contempló los ojos grandes y oscuros de Sole que parecían comerse el resto de su cara, su pelo mal cortado, su rostro pálido y su cuerpo flaco y sin formas, sus rodillas huesudas, ¿cómo iba a quedarle bien un vestido? Parecía un espantapájaros. Amalia apretó las mandíbulas con incomodidad y apartó su mirada de ella. Soledad tenía unos ojos demasiado expresivos, demasiado atrevidos. Sin prestarle más atención le dio la espalda. Apenas podía estar con ella dos minutos en el mismo sitio, su gesto se volvía más agrio aún. La pequeña le causaba un fuerte desagrado, no podía evitarlo y lo peor es que Soledad se daba cuenta, pero ya estaba acostumbrada a vivir sin una sonrisa de su madre, sin una caricia, sin una palabra bonita.

Los murmullos se elevaron, las mujeres se removieron nerviosas y asombradas en sus asientos y los hombres se pasaron las manos por las chaquetas para intentar que lucieran mejor. Acababa de entrar en la habitación un nuevo visitante y no era alguien cualquiera. Amalia se olvidó por completo de Soledad y corrió hacia la elegante mujer que había tenido la deferencia de acudir al velatorio de Piedade Freire. Incluso Neves se irguió y abrió sus candorosos ojos con admiración, y no era para menos: Doña Asunta, la esposa de don Lois Boudiño, el dueño del pazo de Roseñuelas, avanzaba entre ellos moviendo la cabeza a modo de saludo. Al pasar, rozó sin darse cuenta a Soledad y la niña comprobó de la suavidad de su abrigo y su fragancia exquisita. Sus tacones resonaron con musicalidad en el suelo y se acercó al ataúd. Echó un vistazo a su interior y más que para rezar una rápida plegaria fue para cerciorarse de que estaba realmente muerta. Su rostro experimentó un cierto e imperceptible alivio. Tal vez, doña Asunta, era una más de quienes Piedade conocía secretos.

En ese momento Amalia se mordió los labios con impotencia y deseó que el ataúd de Piedade fuera mejor, pero era un ataúd modesto, de pino sin barnizar. Ella misma había decidido que para su última morada Piedade no necesitaba ningún lujo ni adorno.

Soledad conocía bien los ataúdes, los había bonitos y confortables, de fina seda y almohadones de plumas destinados a gente

puddiente de otros pueblos de la comarca, los había con adornos de metal brillante para los que hacían un esfuerzo económico, y otros de simple latón. Los había de pino y de roble, y el de su abuela era un ataúd de pobres, como los de la mayoría de los aldeanos que fallecían.

A la niña no le daban miedo los ataúdes, en verano solía acudir al aserradero donde su abuelo Celso poseía una pequeña carpintería y a la que Macías, su padre, también acudía cuando tenía un rato libre. Era un lugar fresco y confortable y solía merendar allí respirando el olor de la madera de pino y la cola de carpintero. En una ocasión su abuelo le hizo meterse en uno para comprobar la medida de una niña de su edad que había muerto. En ese momento descubrió un lugar ideal para esconderse de los regaños, castigos y reproches de su madre.

—¿Ha sufrido? —preguntó piadosamente doña Asunta después de dar el pésame con gesto apesadumbrado al resto de familiares.

—No mucho —respondió rápidamente Amalia—. Tuvo una crisis anoche y la pobre no pudo superarlo. Gracias a Dios que se la ha llevado rápidamente —comentó con las manos cruzadas y con un gesto de resignación, aunque si por ella hubiera sido, Piedade hubiera muerto entre terribles sufrimientos.

La mujer del sepulturero invitó a doña Asunta a sentarse y esta accedió aunque procuró que su abrigo oscuro adornado con un vistoso broche de plata y pequeños rubíes no sobresaliera de la silla, como si no quisiera rozarse con nada. No se quitó los guantes y de vez en cuando acercaba a su rostro un delicado pañuelo de encaje de camariñas, pero no era para enjugar sus lágrimas sino para aspirar la fragancia de su perfume pues su delicado olfato se sentía ofendido por el común e inespecífico olor a orín y sudor, a vela derretida y a humanidad.

Soledad la miró extrañada, nunca había visto tan cerca a doña Asunta y nunca la había visto en su casa. Le parecía tan fuera de lugar con su vestido caro, su abrigo, su bolso y su perfume en medio de todos ellos que parecía una provocación casi obscena que se

encontrara allí, de la misma manera que hubiera resultado absurda la presencia de su madre en medio de una reunión de los Boudiño.

Los vecinos, pasado el primer momento de sorpresa, continuaron con el velatorio y de la admiración y los cuchicheos se pasó de nuevo al murmullo enfebrecido del rosario, pero sin evitar las miradas de soslayo hacia doña Asunta.

Amalia le ofreció cortésmente una taza de café pero la señora de Boudiño la rehusó amablemente lo que provocó que Amalia apretara los labios con fuerza. Sin duda su café no era lo suficientemente bueno para ella. Se sentó a su lado y aspiró con disimulo su fragancia floral que parecía inundar la habitación eliminando el olor cerúleo de las velas, el de las flores marchitándose y el dulzón de las ropas no del todo limpias de los vecinos allí congregados.

Parecía mentira que aquellas dos mujeres tan diferentes pudieran tener la misma edad. Amalia aparentaba diez años más, quizás hubiera sido bonita con las ropas de doña Asunta, pero nunca llegaría a tener su estilo ni su elegancia.

Soledad lo observaba todo en silencio con sus ojos oscuros. La muerte siempre le producía interés por la manera de actuar que tenían los vivos. Era curioso como el muerto servía de elemento catalizador para reunir a personas tan diferentes las unas de las otras. Recorrió el rostro de los asistentes con su mirada oscura: alguno con los ojos cerrados, adormilado, fingiendo rezar, otros moviendo los labios y meciéndose en la silla, su abuelo y su padre con la mirada perdida... Detuvo su observación cuando doña Asunta le hizo un gesto casi imperceptible para que se acercara a ella, interrumpiendo de esa manera a Amalia que intentaba conversar con ella.

—Toma, para caramelos —le dijo con una sonrisa mientras le daba una moneda tras buscar cuidadosamente en su bolso.

La pequeña extendió la palma y sintió el contacto frío de la moneda que con la mano enguantada doña Asunta le había dado. Era guapa, de la manera que los ricos lo eran, no porque fuera una belleza, sino porque era diferente a todos ellos: su rostro maquillado suavemente era blanco, su cabello estaba limpio, su piel era blanca y saludable. Quizás no fuera guapa, pero para Soledad, en aquella

habitación rodeada por la gente de la aldea, era la mujer más hermosa que había visto en su vida.

— ¡No es necesario, doña Asunta! — se apresuró a decir Amalia —, ¿qué se dice, Soledad?

— Gracias — murmuró avergonzada bajando la cabeza.

— No hay de qué — respondió doña Asunta esbozando una sonrisa que contrastaba con el gesto serio de Amalia que miraba reprobadoramente a Soledad como si esta tuviera la culpa de quitarle el protagonismo ante tan importante visita.

La mano áspera y encallecida de su padre acarició rudamente la cabeza de Sole.

— Vete a jugar fuera, Soliña. Este no es lugar para una niña.

Soledad obedeció y salió fuera de la casa. Respiró profundamente y sus pulmones se llenaron de aire frío que le arañaba por dentro como si miles de alfileres se hubieran introducido por su nariz. La niebla se había despejado por completo y el tímido sol parecía vencer la lucha por ganar el cielo. Miró al horizonte mientras manoseaba la moneda que llevaba en el bolsillo. Doscientas treinta y ocho tumbas se interponían entre ella y la franja levemente luminosa del sol naciente. En aquel momento se acordó de que no se había despedido de su abuela.